

**Lisa Marie Rice**



**UN MAGNÍFICO  
EJEMPLAR**

## ÍNDICE

Capítulo 1.....	3
Capítulo 2.....	9
Capítulo 3.....	22
Capítulo 4.....	35
Capítulo 5.....	45
Capítulo 6.....	60
Capítulo 7.....	75
Capítulo 8.....	96
Capítulo 9.....	105
Capítulo 10.....	117
Capítulo 11.....	123
Capítulo 12.....	127
Capítulo 13.....	136
Epílogo.....	148
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA.....	149



## Capítulo 1

—¡Joder!

El bramido del teniente Alex Cruz se oyó en toda la comisaría, y él lo sabía. Estaba muy enfadado y no le importaba que todos se enteraran.

—¡Eh, jefe! —El sargento Ben Cade asomó con precaución la cabeza por la puerta y lo miró por encima de las gafas de cristales de media luna mientras se sacaba un lápiz que llevaba entre los rizos rojizos donde abundaban las canas—. ¿Has gritado?

—¿Qué demonios significa esto? —Alex le dio un golpecito al informe que tenía delante. Hasta el tacto de la tinta en el papel le fastidiaba. Alex tenía ideas muy precisas de cómo deberían ser las cosas y lo que estaba en el informe violaba todas y cada una de ellas.

Ben entró en el despacho con cautela, dejando la puerta abierta. El hombre era su amigo, excepto cuando se equivocaba. Alex sabía que dejaba la puerta abierta a propósito, por si el sargento decidía que necesitaba una vía rápida de escape. Alex también sabía que su carácter ya era una leyenda pero no hacía nada para acabar con los rumores. Era muy consciente que se le usaba como el “coco” para asustar a los reclutas nuevos.

Aunque los rumores de que comía novatos para desayunar eran bastante exagerados.

Una vez había oído por casualidad a Ben diciéndole a un novato de mirada aterrorizada que cuando el teniente Cruz estaba de mal humor, su despacho era la Tierra de las Pesadillas, y uno nunca, nunca, quería entrar allí. No era cierto. Bueno, no era del todo cierto.

Excepto ahora.

Ben sabía cuando Alex simulaba estar enfadado y cuando lo estaba de verdad. En estos momentos el enfado era real. Alex estaba furioso.

—Ah... —dijo Ben mirando del informe a la cara de Alex, calibrando el posible estallido del jefe, volviendo a mirar el informe, la cara de Alex, el informe... Las mismas moléculas del aire estaban cargadas de tensión. Fuera lo que fuese lo que iba a decir Ben, se quedó en nada cuando cerró la boca con un chasquido audible.

—Ha cometido un error —Los músculos de la mandíbula de Alex se tensaron. Hablar le suponía un esfuerzo por lo furioso que estaba—. El hijo de puta la ha jodido y... se os ha escapado de las manos.

Ben no tuvo que preguntar a quién se refería. Era Martin “Ratso” Colby, el hombre que todos esperaban que fuera la perdición de Angelo Lopez, un gánster que había aterrorizado Baylorville durante años. El departamento de policía se había enterado por un soplón que Ratso había estado llevando la contabilidad del gánster. Ratso sabía lo suficiente para encerrar a Lopez durante veinte años por evasión de impuestos. El cabrón había asesinado al menos a cuatro personas, que supiera Alex, pero no había ninguna prueba.



La evasión fiscal ya le iba bien si con eso podía meterlo entre rejas. Conseguirían las pruebas cuando Lopez fuera a prisión sin posibilidad de cargarse a nadie. Las cucarachas saldrían de debajo de las rocas y empezarían a cantar.

El meter a Lopez en chirona se había convertido en la cruzada personal de Alex Cruz que comía, dormía y soñaba con Lopez detrás de las rejas. Fuera de circulación.

A Alex le encantaba esa imagen.

Hasta ahora había resultado imposible, y aunque todo el mundo sabía lo que hacía Lopez, el capullo era demasiado inteligente para dejar alguna evidencia sólida. Operaba a través de una red de subalternos y era intocable. Pero una vez que Alex había averiguado que Ratso llevaba los libros de Lopez, ese músculo del pecho que en otras personas era el corazón, se le inflamó de entusiasmo. Alex conocía a Ratso. Todos en el departamento de policía de Baylorville conocían a Ratso Colby. Sabía que el hombre tenía dos pasiones: el dinero y mantenerse fuera de la cárcel. Se le podía convencer para que soltara todo lo que sabía con la amenaza de meterlo en prisión.

Eso en el caso de que la policía le pudiera poner las manos encima. Ratso había desaparecido. Lo habían vigilado durante una semana, pero hasta ese momento no habían podido atraparlo.

Ratso era el Bill Gates de los números, el mejor, pero aparte de eso, no era ningún genio y no tenía ni idea de cómo desenvolverse en las calles. Alex no entendía lo que el departamento de policía de Baylorville hacía mal. Sentía como la tensión iba aumentando cada día que pasaba sin echarle el guante a Ratso.

Y hoy casi lo habían atrapado.

¡Joder! ¡Casi lo habían atrapado!

—¿Cómo? —Alex apretó la mandíbula con tanta fuerza que le sorprendió que los dientes de atrás no le salieran disparados por las orejas—. ¿Cómo diablos se ha escapado ese alfeñique de cuatro de los mejores policías de Baylorville? ¿Los ha vencido en una pelea?

Ambos se quedaron en silencio un momento, pensando en el lamentable estado físico de Ratso.

—No, um... —Alex había visto a Ben interrogando a asesinos endurecidos mientras se zampaba un bocadillo, pero ahora el hombre se había puesto a sudar—. A decir verdad...

—¿Sí, sargento? Por favor, dime que ha pasado —le interrumpió Alex con mucha suavidad, y Ben se estremeció. Conocía bien a su jefe. Cuando Alex usaba aquel tono, un hombre inteligente, un hombre prudente, se daba la vuelta y se ponía a correr.

Alex observó como Ben le echaba una mirada anhelante a la puerta abierta. Y una mierda. No iba a librarse con tanta facilidad.

Puso las palmas de las manos en el escritorio y se inclinó hacia delante.

—Por favor, dime como un alfeñique como Ratso ha podido eludir a cuatro policías armados y bien entrenados. ¿He tirado el dinero del presupuesto del departamento de policía de Baylorville comprándoles a todos mis inspectores unas Glock 17 de 9 milímetros completamente



nuevas? ¿Y bien, sargento? ¿Lo he tirado? ¡Joder! —Alex golpeó el escritorio con el puño, ocasionando un revoloteo de papeles. Tenía la cabeza a punto de explotar—. Todos sabéis que Ratso lleva la contabilidad de Lopez. Sabéis que podemos conseguir que hable. Lo único que tenemos que hacer es aplicar un poco de presión y Ratso se vendrá abajo. Estábamos a punto de conseguirlo —Alex unió el índice y el pulgar a medio centímetro de la nariz de Cade—. Estábamos así de cerca de acorralar a Angelo Lopez —De su garganta salió un sonido de disgusto igual al gruñido de frustración de soltaría un lobo—. Estoy pensando en transferiros a todos a Vehículos robados.

El que los destinaran a un trabajo tan improductivo y aburrido como el del Departamento de Vehículos robados, era la peor pesadilla de todos los policías. Cade inspiró profundamente.

—Mira, jefe...

—No soy el jefe —le interrumpió Alex—. El jefe es Ray Avery. Y lo seguirá siendo hasta que se jubile.

Cade se encogió de hombros.

—Que será dentro de un par de semanas. Pero bueno, digas lo que digas, tú eres el jefe —Todos en comisaría habían aceptado desde hacía mucho tiempo que cuando Avery se jubilara, que lo haría a final de mes, Alex sería el nuevo capitán.

A Alex le importaba una mierda lo que pensarán los demás. Su lealtad a Ray era absoluta. Mientras Ray Avery fuera capitán, él sería su teniente. Ray era El Jefe. Siempre lo había sido y siempre lo sería.

—Ahora explícame cómo se os ha escapado de las manos —Alex se recostó en la silla, juntando las manos y poniendo los dedos bajo la barbilla. Calmado, en silencio, esperando. Enfocando toda su atención directamente hacia el sargento. No le importaba en absoluto que Cade se sintiera incómodo.

Cade se removió, inquieto, intentando apartar la mirada sin conseguirlo.

—Bueno, le acorralamos en el Trey.

Cruz asintió. El tramo de la ciudad entre la calle 33 y la 3 era un nido de ratas. El sitio perfecto para un oportunista como Ratso.

—Y lo arrinconamos en Fat Lady. Se rindió sin oponer resistencia. Entonces nos pidió para ir a mear —Cade levantó los hombros y suspiró—. En fin, ¿qué querías que hiciéramos? Yo no me hago más joven precisamente y también empiezo a tener esa clase de problemas, así que le dejamos ir.

—¿Y alguno de los payasos que formabais el grupo fue con él para vigilarlo?

—¡Eh! —Cade resopló indignado—. Claro que sí. ¿Por quién nos tomas? —Alex lo miró sin parpadear—. Vale... vale. Sí. Yo entré con Ratso. Era un cuarto de baño normal con dos urinarios. No había nadie más allí dentro —Cade alzó una manaza con la palma hacia fuera—. Lo comprobé. Lo juro.

—Lo que al parecer no comprobaste fueron las ventanas —gruñó Alex.

—La ventana —le corrigió Cade—. Una ventana, que conste, y condenadamente pequeña. Una ventana cutre, asquerosa y diminuta. De unos treinta por treinta centímetros. ¿Quién iba a pensar que podría...?



—¡Tú tendrías que haberlo pensado! —le interrumpió Alex furioso, inclinándose hacia delante con las manos agarrando el borde del escritorio con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos—. Ratso tiene la constitución de un niño. Lo único que tuvo que hacer fue deslizarse por ella y quedó libre antes de que vosotros tuvierais tiempo de rascaros el ombligo —Cogió una pluma negra y empezó a dar golpecitos en el escritorio, mirándolo con tanta fijeza que Cade se retorció sin saber dónde meterse. Por fin suspiró—. Bueno, no se hable más. Hay que poner otro equipo de vigilancia...

—Hecho —dijo Cade a toda prisa.

—Y cumplimentar una autorización, sólo por si...

—Hecho.

—Bien —Alex se quedó pensativo durante unos minutos, haciendo planes, pero siempre volvía a lo mismo. Sus hombres la habían jodido. Tamborileó con los dedos en el escritorio de roble lleno de marcas. El sonido resonó en medio del silencio. Soltó otro suspiro para aliviar la tensión—. Bueno. No podemos hacer gran cosa hasta que Ratso vuelva a aparecer. Y cuando lo haga, lo acorralaremos y él se hundirá. Podemos acusarle de algunos delitos menores por lo que pasará algún tiempo en la cárcel y él lo sabe, así que hablará. Oh, sí, ya lo creo que hablará —Alex apretó los labios y clavó los ojos en el sargento—. Eso es todo por ahora.

Cade se tragó un suspiro de alivio, sabiendo que ya había acabado todo. Los hombres de Alex sabían que podía explotar de furia, pero que ésta se disipaba con rapidez. Y además no era rencoroso.

Alex ya apartaba a Ratso de la mente cuando Cade carraspeó. Carraspear no era buena idea, sobre todo si lo hacía alguien que ya debería haber desaparecido dando gracias de que Alex no le hubiera pateado el culo.

Alex alzó la mirada hacia Cade. Era obvio que el hombre se estaba armando de valor para seguir. Había alguna otra novedad y no parecía que fuera buena. ¿Qué sería? Alex ya había superado su cuota diaria de malas noticias. Apretó los labios.

—¿Qué?

—Esto es para ti, jefe —Cade le entregó un sobre.

—No soy el jefe —dijo Alex entre dientes.

—Claro, jefe. Lo que tú digas.

Alex alzó los ojos al cielo y luego miró con curiosidad el sobre blanco. Su nombre estaba impreso con letras mayúsculas.

—¿De quién es?

—Um, del capitán Avery. Ha dicho que sentía no poder quedarse, pero que tenía que salir de la ciudad —Cade, inquieto, iba intercambiando su considerable peso de un pie al otro, echándole a la puerta miradas ansiosas. Alex entrecerró los ojos. Sabía leer el lenguaje corporal. Cade sabía lo que ponía la carta, y fuera lo que fuese no era bueno—. El capitán ha dicho que tenía que asegurarme de darte la carta en persona —añadió Ben.

Alex ya había abierto el sobre y leía con rapidez el contenido. Al acabar frunció el ceño y volvió a empezar otra vez. Incluso después de haberlo leído dos veces no tenía sentido. ¿Qué mierda era eso?

Alex volvió a leer la carta, aunque esta tercera vez no tenía más



sentido que la segunda o la primera. *Psicología conductista especializada... tesis... C. Summers... siete días...*

¿Qué clase de jodida broma macabra le estaba haciendo Ray?

—¿Qué es esta mierda? —preguntó Alex en voz baja y amenazante, levantando los ojos de la carta. El sargento Cade se retorció otra vez, temblándole el estómago un segundo antes que los hombros. No era una imagen agradable—. ¿Tú sabías esto?

—¡No! No hasta que... ah...

—¿Sabes lo que el viejo quiere que haga? —Alex fue elevando el tono de voz mientras se inclinaba hacia delante. Estaba enfadado y ofendido. No necesitaba esta complicación. Ni hoy. Ni mañana. Ni nunca—. Hay por ahí algún “erudito” de mierda que quiere hacer un estudio sobre la... —Alex miró ceñudo el papel que tenía en la mano, y luego miró ceñudo a Cade, que también miraba ceñudo a Alex y al papel—. “Exposición Jerárquica de las Autoridades policiales” ¿Te lo imaginas? Se supone que tengo que permitir que algún sabelotodo chupapollas me siga a todas partes. A partir de hoy. ¡Joder! Justo cuando estamos en medio de este jodido lío de mierda. Justo cuando estoy a punto de atrapar a ese cabrón de López. ¿Cómo coño se supone que he de hacer mi trabajo cuando...?

—Perdón —sonó una voz muy suave desde la puerta.

Alex desvió la mirada furiosa que dirigía a Cade hacia la mujer que estaba en la entrada.

No, la mujer no, la chica. Alguna alumna de la escuela secundaria, a juzgar por la bolsa llena de libros que había a sus pies. Alex era demasiado buen policía para no darse cuenta de todos los detalles de la muchacha. Y cuando más la miraba, más fuera de lugar le parecía que estaba ella en una central de policía.

Bonita, no demasiado alta. Cabello largo y muy rubio recogido en una cola de caballo algo despeinada, con rizos que se le habían soltado y le caían alrededor de la cara. Ojos grandes, de color azul claro, detrás de unas gafas con marco de metal. Muy bonita. Esbelta, con un vestido azul que le llegaba hasta los tobillos y una chaqueta larga y estampada con motivos indígenas. Zapatos deportivos. Muy, muy bonita.

¿Qué demonios hacía una colegiala en una comisaría un viernes a las once de la mañana? ¿Por qué no estaba en la escuela?

Cade, el muy traidor, se había escapado mientras él estaba concentrado en la muchacha.

—¿Teniente Cruz? —Su voz apenas se elevaba sobre el ruido de fondo de la sala llena de policías que había tras ella. Se echó un poco hacia atrás y miró el nombre escrito en la puerta—. ¿Teniente Alejandro Cruz?

¿Ella le buscaba? ¿Qué coño pasaba allí? ¿Cómo sabía su nombre?

—Sí, soy yo, señorita —Alex señaló con la mano los informes de la mañana. Y los informes de ayer. Tenía mucho trabajo atrasado y no quería más distracciones—. Tendrá que disculparme pero...

Ella se aclaró la garganta.

—¿Puedo hablar con usted un momento?

Alex se pellizcó el puente de la nariz. Con fuerza. Estaba empezando a ser uno de esos días. Primero Ratso Colby, con su cuerpo esmirriado, se escabullía por la ventana de un inodoro de un tugurio de lo más





desagradable, llevándose con él las mejores posibilidades de atrapar a Angelo Lopez ese mismo año. Después Ray Avery le endosaba a un sabelotodo. Y no un sabelotodo cualquiera, por supuesto que no. Un sabelotodo que se suponía que iba a pasar una semana pegado a sus talones, entrometiéndose en su camino mientras él trabajaba día y noche para poner a Lopez entre rejas. ¿Qué coño pasaba allí? Ray estaba tramando algo.

Y para acabar de joderlo unos condenados bebés se saltaban las clases y preguntaban por él.

*Sé amable*, se recordó Alex. *No grites*. Los niños crecían y algún día votarían, y todas las circulares de la policía hacían hincapié en mantener buenas relaciones con la comunidad.

—Mire, señorita —dijo Cruz con su mejor tono de voz, el que se suponía que usaba para dirigirse a bebés civiles—. No es aquí donde quiere estar. Créame. Pero si vuelve a la planta baja verá un escritorio grande, y detrás de ese escritorio a un sargento. Es con él con el que quiere hablar.

—No, no quiero hablar con el sargento —La muchacha se agachó, recogió la bolsa de libros del suelo y la sostuvo delante de ella como si fuera un escudo. Después respiró hondo y continuó—: He de hablar con el teniente Alejandro Cruz.

—Bueno, ese soy yo, sí —Alex intentó forzar una sonrisa tranquilizadora y notó cómo los músculos faciales, que usaba muy raras veces, se mostraban reacios a obedecer—. ¿Y quién co... quién es usted?

—Caitlin Summers —respondió ella.

—Bien, veamos, señorita Summers, no sé qué quiere de... —Alex enmudeció, atónito. El cerebro empezó a darle vueltas. Caitlin Summers.

¡Jesús! C. Summers.

Se levantó poco a poco con los ojos abiertos de par en par, horrorizados.

—Santo cielo, no me diga que usted es...

—El sabelotodo chupapollas —dijo Caitlin Summers con suavidad—. Sí, esa soy yo.





## Capítulo 2

El teniente Alejandro Cruz era el varón alfa más alfa que Caitlin había conocido en toda su vida. ¡Guau! Este tipo era sin duda el líder de la manada, el mejor, la cima de la cadena alimenticia.

Una jerarquía de poder en una comisaría de policía era tan necesaria como en una manada de lobos, y por la misma razón, para mantener el orden y reducir los conflictos al mínimo en un grupo de seres agresivos. De otra manera el grupo, o la manada, se desintegraría en combates largos y peligrosos y en enfrentamientos fatales en la mayoría de los casos. Así que alguien tenía que ser el alfa, y desde luego, el teniente lo era.

Mientras se dirigía a la guarida del teniente Cruz, o sea, al despacho, Caitlin había notado que cuánto más se acercaba, más disminuían los ruidos y chistes que hacían los demás policías, hasta reinar casi el silencio en el exterior del despacho. Ahora que lo había visto, sabía por qué.

El teniente Cruz era la autoridad personificada, el alfa en todos los aspectos. Un caso de libro de texto. Su poder no se basaba en su enorme físico o en la ropa distintiva de su rango. Allí de pie, era mucho más alto que ella, aunque claro, ella no es que fuera muy alta. Tenía los hombros muy anchos y era obvio que estaba en muy buena forma, pero había hombres por allí mucho más grandes. Por ejemplo, el que estaba hablando con él. Aquel sí que era una montaña de carne andante. Pero a pesar de su tamaño, ese hombre podría pasar desapercibido en una habitación. El teniente Cruz no. Todos los ojos se girarían de inmediato hacia el macho principal.

La ropa del teniente Cruz era indescriptible. Camisa blanca, pantalones y americana negros, cinturón negro de cuero, otra vez de libro de texto. No necesitaba ropa de Armani o Versace o Hugo Boss para destacar. No tenía que vestirse para tener poder. Él era el poder.

Había poder en los ojos oscuros, en la mandíbula pronunciada, en el cuello musculoso. La fuerza, la autoridad y la responsabilidad estaban ahí mismo, en cada rasgo de la cara, en cada línea del cuerpo.

La estaba mirando con unos cautelosos ojos negros, y un rostro sin expresión. Los rasgos de su cara eran firmes y angulosos.

No por primera vez, Caitlin se preguntó el por qué del consejo de Ray Avery. En realidad más que un consejo había sido una orden. Ray había estado insistiendo durante semanas para que aceptara pasar un tiempo en una comisaría de policía y dar el toque final a su tesis "Jerarquías del poder en las fuerzas policiales"

*Te gustará Alex, le había dicho Ray. Es un hombre muy agradable.*

Caitlin no estaba muy segura que "agradable" fuera la palabra adecuada para describir a Alejandro Cruz. Abrumador, tal vez, oh sí. Intimidante, desde luego. Pero, ¿agradable?

Caitlin empezó a caminar hacia delante, sintiendo con cada paso que



daba como si se moviera en un campo de fuerza. Un poder más fuerte que ella. Si en algún momento había creído que sus estudios la habían enseñado como tratar al macho de su especie, debía volver a planteárselo. Enfrentarse a éste era muy diferente a tratar con un compañero de la universidad o con un profesor adjunto o incluso, ¡Dios!, con el decano.

Delante tenía la personificación del puro poder primitivo masculino, respaldado por todo el peso del gobierno estadounidense, sin mencionar el arma. Y lo más posible es que ella no fuera un contrincante a su altura.

Pero se lo había prometido a Ray, así que avanzó lentamente, como a través de un pantano de arenas movedizas y se detuvo delante del escritorio del teniente Cruz. Un mueble sólido, macizo, resistente y con algunas marcas, igual que el hombre que estaba sentado al otro lado. Echó una mirada a la silla que había delante del escritorio y empezó a sentarse justo un momento antes de que él dijera:

—Siéntese, por favor —Su voz tenía un tono apenas perceptible de ironía.

—Gracias —Caitlin odió el que la voz le saliera entrecortada, pero no podía hacer nada por evitarlo. Esto iba a ser mucho, mucho más difícil de lo que había imaginado. Se sentó, levantó los ojos hacia él e intentó calmar el latido desbocado de su corazón.

—Bueno —El teniente Cruz tenía una voz profunda, algo áspera, como si no la usase mucho. Y probablemente no la usaba. Una sola mirada suya y sus subalternos correrían a obedecer sus órdenes.

El teniente dio un golpecito con el dedo a la carta de Ray Avery.

—Al parecer tenemos un problema —dijo con una expresión en el rostro tan fría como su voz.

Caitlin se cogió las manos con fuerza. No para parar el temblor. Por supuesto que no. Sólo para tener algo que hacer. No se atrevía a dejar que él viera como le temblaban o permitir que también le temblara la voz. No se atrevía a permitirse ningún signo de debilidad.

Los estudios le habían enseñado que las hienas pueden oler sangre a quince kilómetros de distancia. Este hombre podría oler la debilidad a diez kilómetros. El teniente tenía todo el poder y ella estaba allí para pedir un favor. Las condiciones no podían ser más desproporcionadas. Era cierto que aún le quedaba un arma secreta... tal vez. Pero también podía ser que fuera un arma que le explotara en las manos.

Caitlin respiró hondo, preguntándose si el teniente se habría dado cuenta que su respiración era algo entrecortada. Abrió la boca para hablar, rezando para que el tono de voz fuera firme, cuando alguien entró en el despacho del teniente Cruz sin llamar a la puerta, llevando dos tazas humeantes de café.

Una mujer uniformada. Tenía el pelo oscuro y la cara redondeada. Caitlin dio gracias al cielo por la presencia de un miembro de su género en la habitación para contrarrestar las puras feromonas masculinas que el teniente Cruz emitía a toneladas.

—Hola —dijo la mujer, poniendo una taza delante de ella con una sonrisa amistosa—. Soy la sargento Kathy Martello y he oído que es usted amiga del capitán Avery. Encantada de conocerla —La sargento puso delante del teniente la segunda taza de café con la fuerza suficiente como

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

